

# LIBROS

54

LETRAS LIBRES  
MAYO 2014

**José Álvarez Junco (coord.),  
Gregorio de la Fuente,  
Carolyn P. Boyd y Edward  
Baker**

• LAS HISTORIAS DE ESPAÑA.  
VISIONES DEL PASADO Y  
CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD

**Rafael Chirbes**  
• EN LA ORILLA

**Anne Applebaum**  
• EL TELÓN DE ACERO

**Rodrigo Fresán**  
• LA PARTE INVENTADA

**Jhumpa Lahiri**  
• LA HONDONADA

**Varios autores**  
• CRÓNICAS NEGRAS DESDE UNA  
REGIÓN QUE NO CUENTA

**George Saunders**  
• DIEZ DE DICIEMBRE



**HISTORIA**

## Visiones del pasado español



**José Álvarez Junco  
(coord.), Gregorio de  
la Fuente, Carolyn P.  
Boyd y Edward  
Baker**

LAS HISTORIAS DE  
ESPAÑA. VISIONES DEL  
PASADO Y  
CONSTRUCCIÓN DE  
IDENTIDAD, VOL. 12 DE LA  
HISTORIA DE ESPAÑA  
Dirigida por Josep Fontana y  
Ramón Villares  
Barcelona-Madrid, Crítica-  
Marcial Pons, 2013, 914 pp.

**JORDI CANAL**

La *Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares que publican desde hace unos años las editoriales Crítica y Marcial Pons está a punto de ser concluida. Ha aparecido ya el penúltimo volumen, el número 12, coordinado por José Álvarez Junco, y falta solamente por ver la luz el que está escribiendo Santos Juliá, dedicado a la España democrática. La colección pretende ofrecer amplias síntesis interpretativas, que reflejen el estado actual de los conocimientos e investigaciones sobre cada una de las épocas de la historia hispánica abordadas. La voluntad de privilegiar el siglo xx

resulta evidente. Las seis primeras entregas tratan de la historia hasta 1875: la Hispania antigua (Domingo Plácido), la época medieval (Eduardo Manzano), la Monarquía y el Imperio (Antonio-Miguel Bernal), la crisis de la Monarquía (Pablo Fernández Albadalejo), el reformismo y la Ilustración (Pedro Ruiz Torres) y la denominada época del liberalismo (Josep Fontana). Les siguen cuatro volúmenes centrados en finales del siglo xix, el siglo xx y los inicios de la actual centuria: Restauración y dictadura (Ramón Villares y Javier Moreno Luzón), República y guerra civil (Julián Casanova), la dictadura de Franco (Borja de Riquer) y el ya citado sobre la etapa democrática (Santos Juliá). Y cierran la colección dos libros de tipo algo más transversal, que tienen por objeto, respectivamente, España y Europa (José Luis García Delgado, Juan Pablo Fusi y José Manuel Sánchez Ron) y el flamante volumen sobre las historias de España. El producto final, a cargo de reconocidos historiadores profesionales, es altamente destacable. Aunque los volúmenes contengan planteamientos dispares, en algún caso no se siga al pie de la letra la voluntad de llegar a un público amplio y en uno de los volúmenes los planteamientos historiográficos sean más de las décadas de 1970 y 1980 que del siglo actual, estamos ante una gran obra de ineludible referencia.

José Álvarez Junco ha coordinado *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, un volumen en el que colaboran también Gregorio de la Fuente, Carolyn P. Boyd y Edward Baker. En él se estudia la evolución de las visiones del pasado —no todas pertenecientes a la historia, puesto que muchas tuvieron más que ver con las leyendas y los mitos, tanto en épocas remotas como en otras recientes, fruto de la inspiración nacionalista— en relación con lo que hoy conocemos como España y los españoles. Sobre ellas

se ha edificado la identidad colectiva. El libro está dividido en cuatro partes. La primera, que es la más extensa y ocupa la mitad del volumen, obra de José Álvarez Junco y Gregorio de la Fuente, analiza las evoluciones del relato histórico desde los orígenes hasta finales del siglo xx —es voluntad explícita de los autores no citar ni historiadores vivos ni obras y debates posteriores a 1975—. En un total de dieciocho capítulos se lleva a cabo un estudio profundo, crítico y bien documentado de las principales tendencias y debates —entre los que sobresale el mantenido por Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz sobre el problema de España— en cada uno de los momentos históricos. Los autores y obras fundamentales, desde Esteban de Garibay y Juan de Mariana hasta Manuel Tuñón de Lara, pasando por Benito Jerónimo Feijóo, Modesto Lafuente, Marcelino Menéndez Pelayo o Antonio Cánovas del Castillo, merecen una especial atención. La deconstrucción de mitos y leyendas, así como la prevención frente a todo nacionalismo, del tipo y origen que sea, marcan el espíritu de la obra. El recorrido que nos proponen Álvarez Junco y De la Fuente es, en fin de cuentas, fascinante. Por ello mismo, el último capítulo, dedicado a los últimos grandes paradigmas, puede decepcionar al lector por el poco espacio que se dedica a algunos personajes como José María Jover, la ausencia de historiadores como Ferran Soldevila —autor tanto de historias de Cataluña como de España— o los comentarios acrólicos sobre *Noticia de Cataluña*, de Jaume Vicens Vives, con planteamientos neorrománticos y esencialistas que, a pesar de la voluntad de muchos de sus seguidores de ocultarlos, habrían podido ser objeto de algo más de atención. Quizás se podría haber desdoblado el capítulo, pero cierto es que el volumen que estamos comentando tiene casi mil páginas. Al margen de estos comentarios, este bloque inicial es excelente.

La segunda parte de la obra se centra en los textos escolares y la tercera en la cultura conmemorativa; están escritas, respectivamente, por Carolyn P. Boyd y Edward Baker. La educación y los manuales escolares resultan fundamentales para la construcción de una identidad nacional, sobre todo en la época contemporánea. El estudio de Boyd parte del interés por estas cuestiones de las élites ilustradas del siglo xviii y concluye con los efectos en España de la LOE y la LOE, a inicios del siglo xxi. Presta especial atención a los principales autores de finales del siglo xviii y de la centuria siguiente, desde el famoso Padre Isla y su *Compendio de Historia de España* hasta Esteban Paluzie y Saturnino Calleja; analiza la convivencia en los textos del siglo xx de lecturas distintas de la historia nacional, con el auge de los regionalismos y nacionalismos periféricos; destaca adecuadamente, entre todos los autores, a Rafael Altamira; dedica interesantes páginas a los intentos republicano y franquista de usar la historia en sus proyectos educativos, y termina con las “guerras de la historia” del periodo democrático. Por lo que a la cultura conmemorativa se refiere, Baker profundiza sobre todo —lo que es lógico en un tan vasto objeto de estudio— en las transformaciones urbanas de Madrid en los siglos xix y xx, en una evolución que la consolida como capital de la nación española, y, asimismo, en la nacionalización conmemorativa del pasado a partir de los centenarios y los calendarios y los días de guardar, en especial el Dos de Mayo. Las páginas dedicadas al Panteón de Hombres Ilustres, en Madrid, un monumento que constituye un “lugar de la memoria que nadie recuerda” —en palabras de Boyd—, resultan muy pertinentes. La última parte contiene los apéndices: la bibliografía, un interesantísimo repertorio de fuentes historiográficas directas organizado por orden cronológico —desde los textos de Pompeyo Trogo

y Flavio Josefo hasta la *Enciclopedia de la Historia de España*, dirigida por Miguel Artola, que empezó a publicarse en 1988— y una selección de documentos y testimonios, que contiene, entre otros, textos de San Isidoro, Alfonso X el Sabio, Juan de Mariana, Marcelino Menéndez Pelayo, Modesto Lafuente, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz o Jaume Vicens Vives. José Álvarez Junco y sus colaboradores han elaborado, en definitiva, un producto tan notable como recomendable, que va más mucho allá de la pretendida síntesis. Estamos, sin lugar a dudas, ante una obra muy importante para el conocimiento y la comprensión de la historia de España. —



## NOVELA

### Regeneracionismo



**Rafael Chirbes**  
**EN LA ORILLA**  
Barcelona, Anagrama,  
2013, 437 pp.

#### CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Hace unas semanas, en una ciudad junto al mar, salí de una recepción para reconquistar mi lugar en el autobús de los invitados que regresábamos al hotel. Contrasté el olor de los manjares criollos y de los perfumes de mujer de los que me despedía con el olor del autobús, tan característico de la pobreza, y allí empecé a platicar con mi compañero de asiento, un novelista español, sobre la crisis económica que ha azotado a España desde 2008 al grado, exageradísimo en mi opinión, de someter a una nación democrática que tiene mucho de que

energullecerse de su pasado reciente, a una desoladora postración moral.

Para mi sorpresa y con mi aprobación, mi colega veía con optimismo las cosas. No se trataba de cómo y cuándo España saldría de la crisis, dijo con el énfasis habitual en los peninsulares, sino de ver en ella una oportunidad para regenerar moralmente a un país que se había tropezado muy pronto con la tragedia del nuevo rico que ha de regresar súbitamente a esa vida de pobre (y de allí la asociación con el olor del camión) que creía haber abandonado para siempre. Le dije al amigo que —a pesar de que, en principio, no me gustan los llamados a la purificación o a la regeneración— esperaba que tuviera la razón y le confesé que me contaba entre los latinoamericanos de cierta edad que, víctimas del ciclo de nuestras crisis económicas devastadoras y acostumbrados desde niños a ver a otros niños limpiando parabrisas o a personas en apariencia no tan necesitadas, hurgando en los basureros, la re inserción de España en “la cultura de la pobreza”, como la llamaban eufemísticamente los funcionalistas en los años sesenta, no me parecía la peor de las noticias en un planeta en que abundan los horrores y las desgracias.

Como observador distraído pero constante de la vida española ya había notado la reaparición de esa atmósfera hospitalaria que Ortega y Gasset respiraba en la prosa del 98, la del rey que se descubre súbitamente desnudo (entonces por la pérdida definitiva del imperio, abducidas Cuba y las Filipinas; ahora, por los apremios de una bancarrota inesperada) y eso que he seguido el fragor de la guerra de los escritores españoles, disfrutando al verlos repartiéndose culpas entre quienes, epicúreos contra estoicos o apocalípticos contra integrados, profetizaron la catástrofe y los que la consideraron un cuento chino. Pero no había yo dado con una novela que, como *En la orilla* de Rafael Chirbes, me mostrara a

la España de hoy con todo su rigor, porque yo soy de esas personas chapadas a la antigua que para involucrarse con algo necesitan, primero, del consejo de un libro.

A diferencia de sus hermanos, tras hacer la Grande Tournée europea en los setenta y perder, en manos de su mejor amigo, a la mujer de su vida (y por ello, materia del resto de su ensoñación terrestre), Esteban regresa a Olba a trabajar en la carpintería de su padre viudo, un carpintero republicano que no llegó a graduarse de ebanista. Sobrevivió a la guerra y a la prisión, sufrió la cruel revancha de los vencedores, sus vecinos, sin esconderse en los pantanos (como lo hicieron algunos de sus camaradas y allí se consumieron) pero evadiendo el bar del pueblo durante el resto de su vida. No es Esteban, sino un dudoso narrador omnisciente quien en un momento de *En la orilla* nos muestra los apuntes secretos de este apestado, quien no resiste comentar las décadas de la derrota en los márgenes de un calendario. Comentarios escasamente perspicaces, los asombros de un carpintero son la incómoda prueba de que, como diría Chou En Lai (así se escribía antes), la Guerra Civil española, por más que se les recomiende a los recalcitantes aquello de que sin olvido no hay reconciliación, sigue siendo demasiado reciente.

El padre ha finalizado su vida activa, padece lo que antes se llamaba demencia senil y Esteban, a quien la crisis ha obligado a despedir a su asistente colombiana, lo baña, lo nutre, lo cuida. Eso es esencialmente el argumento, si cabe, de *En la orilla*. Aunque pasan otras cosas y nos enteramos del derrotero de otras vidas (el hermano pícaro, el amigo traidor, trepador e intelectualoide que frecuentó la movida e hizo la villa y corte), lo que importa es qué piensa el protagonista, víctima y verdugo a la vez. Ha de cerrar la carpintería y despedir a sus empleados (de cuyas vidas también se responsabiliza el novelista, contándonoslas, incluyendo al moro, quien

encarga la “novedad” musulmana) pues en los años de abundancia hizo negocios irregulares cuyo mal desenlace bien podrían llevarlo a la cárcel, aunque de no haber intentado sacarle un poco de rédito a la situación también se hubiera visto arrasado por el ciclón. Chirbes relata la tragedia de un hombre común, con ese propósito y no sin sapiencia, a la vez lírica y sentenciosa, que hace de *En la orilla* otra más de esas ejemplares novelas mesocráticas que tan bien les quedan, tradicionalmente, a los realistas españoles, al son de “Nadie quiere tener una vida como los demás, nadie quiere que en su esquela diga: nació, vivió, trabajó, se reprodujo y murió, así que la gente se ufana en hacer cosas para llamar la atención, cosas absurdas, pesadas, trabajosas...”

Recorro la geografía de Olba y sus alrededores, siguiendo mis notas sobre las páginas de *En la orilla* y encuentro, por ejemplo, a las prostitutas que hacen la carretera en busca de los camioneros, entre las que “predominan las mujeres llegadas de la Europa del Este, mujeriego de carnes de un blanco azulado y fosforescente, que parecen emanar luz en vez de recibirla”. La acedia del antihéroe parece justificada por anotaciones senequistas al estilo de “con la edad aumentan los conocimientos sobre lo desagradable de la vida, y, seguramente, para hacerlos soportables, disminuye nuestra sensibilidad” y el matrimonio blanco, por así decirlo, establecido entre Esteban y su empleada colombiana, permite presentar sin complacencias al padre en estado casi vegetativo como “un zombi de auténtica película de terror que chasca la dentadura postiza como las calaveras del tren de la bruja”, “un zombi que come con avidez y, sobre todo (eso es lo más desagradable: zombi-tamagochi), sigue defecando un par de veces al día (si no hay descomposición)”.

*En la orilla* pertenece, hasta por sus defectos —cierta verbosidad y algo de fárrago— a esa tradición del realismo

español y no en balde, el valenciano Chirbes (1949) suelta bien pronto, como que no quiere la cosa, el nombre preterido de Vicente Blasco Ibáñez (antes de la crisis los editores hasta se estaban dando el lujo de reeditarlos y habría qué ver cuántos vendieron), aunque es posible encontrar su parentela entre los más grandes, desde Clarín y Galdós hasta los desdibujados (desde América Latina) Delibes o Cela. *En la orilla* es una novela del género “pueblo chico, infierno grande” y transcurre en Olba, otra vetusta y provinciana población, esta junto a un pantano y no lejana de la costa, sitio codiciado por la corrupción inmobiliaria y sus huérfanos elefantes blancos abandonados a la vera del litoral mediterráneo. Desde ella nos habla un solitario Esteban. No solo es un ser solitario, sino una persona razonablemente fracasada: “A los setenta años, a altas horas de la noche, en vez de las ideas geniales, te salen los muertos mal enterrados. ¿Y cuál está bien enterrado? Ni uno solo, todos se quedan con un miembro de fuera.”

La prosa de Chirbes es penetrante. Logra que su libro huelga a pobreza, a postración. A mí me hubiera parecido lógico (aposté contra mí mismo que así finalizaría *En la orilla*) que en el capítulo final Esteban llevara a su padre, en los brazos, al pantano y ambos se hundieran lentamente. Como un Eneas en sentido contrario. Naturalmente cualquier persona sensata (un buen guionista de cine; el propio Chirbes, por fortuna) habría rechazado ese final por melodramático. No sé si esta novela sea, para los españoles, como dijo algún crítico en extremo entusiasta, “*Las uvas de la ira* que pedía nuestra depresión”. Sí es, en cambio, bibliografía de primer orden para que en el futuro, alguien menos indignado recuerde las novelas que hicieron posible otro regeneracionismo español. Aquel que para mí tiene un final distinto al elegido, quizá con sensatez, por el autor. El padre y el hijo hundiéndose en el pantano. —

## HISTORIA

### Guerra fría



**Anne Applebaum**  
**EL TELÓN DE ACERO**  
 Traducción de Silvia Pons Pradilla  
 Barcelona, Debate  
 704 pp.

#### ✎ DANIEL GASCÓN

*El telón de acero* cuenta la dominación soviética del este de Europa entre 1944 y 1956. El impresionante trabajo de Anne Applebaum (Washington, 1965) —centrado principalmente en Alemania del Este, Polonia y Hungría, y elaborado a partir de consultas en los archivos, entrevistas y una amplia bibliografía en media docena de idiomas— mezcla la historia y el periodismo y ofrece un análisis práctico de cómo funciona el totalitarismo. El concepto, explica la autora de *Gulag* (Debate, 2004), es de origen italiano. Mussolini se apropió del término que había usado uno de sus críticos y elaboró una definición precisa: “*Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.*” En palabras de Applebaum, “estrictamente definido, un régimen totalitario es aquel que prohíbe todas las instituciones aparte de las que ha aprobado oficialmente. Un régimen totalitario tiene por tanto un partido político, un sistema educativo, un credo artístico, una economía de planificación central, unos medios unificados y un código moral”. El libro muestra la aplicación de esa plantilla. El escenario era un lugar devastado. Durante la Segunda Guerra Mundial, muchas zonas de Europa Oriental sufrieron dos o incluso tres invasiones; por ejemplo, el este de Polonia, invadido por la URSS, luego por Alemania y capturado de nuevo por el Ejército Rojo.

Fue una liberación, pero no tardó en convertirse en una nueva conquista. Hubo un intento deliberado, por parte de nazis y soviéticos, de acabar con las élites: el ejemplo más claro, pero en modo alguno único, es la masacre de Katyn. Fue el lugar donde se produjo el Holocausto: allí vivía la mayor parte de las víctimas; allí fueron deportadas las que vivían en otros lugares. Y fue también el espacio donde se produjo la colisión entre el nazismo y el comunismo. La guerra, que en muchos lugares continuó después de 1945, como cuenta Keith Lowe en *Continente salvaje*, se cobró un número muy elevado de víctimas: en Polonia, falleció un 20% —y más de un 90% de los judíos— de la población. Según Jan Gross, entre 1939 y 1943 treinta millones de europeos fueron “dispersados, trasplantados o deportados”. Entre 1943 y 1948, se trasladó a otros veinte millones. Las potencias occidentales avalaron el desplazamiento de fronteras y habitantes. La violencia y el derrumbe institucional no solo hicieron que la vida humana valiera menos: las expropiaciones y la extorsión no parecían sorprendentes. El vacío de la posguerra también impulsaba la necesidad de creer en algo.

La contienda fue distinta en unos lugares y otros, y también hubo diferencias en la imposición del dominio soviético. Pero Applebaum señala algunos elementos comunes que aparecen sistemáticamente en los países tutelados por la Unión Soviética: el establecimiento de una policía secreta inspirada en el NKVD; el control de la radio; el acoso, la persecución y, en último término, la prohibición de muchas organizaciones vinculadas a la sociedad civil; la limpieza étnica, con movimientos masivos de población. También había otro patrón repetido: en primer lugar se producía la eliminación de los partidos de “derechas” o nacionalistas, a continuación se desarticulaba a la izquierda no

comunista y después se purgaban las propias organizaciones comunistas. En muchos países se impuso el liderazgo de los “comunistas de Moscú”, que habían pasado la guerra en la Unión Soviética. Fue un proceso rápido pero gradual y tuvo algunos contratiempos: el Partido Comunista, contra sus pronósticos, perdió votaciones en varios países en los primeros años, antes de abandonar la idea de elecciones libres.

Según Applebaum, la política soviética no era una respuesta a la hostilidad occidental. Los dirigentes y diplomáticos de Estados Unidos y Gran Bretaña supieron pronto las intenciones de Stalin y aplicaron una estrategia de *realpolitik*. *El telón de acero* describe la incautación de los movimientos juveniles, de los partidos políticos y de la economía. Y al mismo tiempo detalla el desarrollo del proyecto central del comunismo: la creación de un hombre nuevo. La educación, la expresión artística y toda organización debían estar al servicio de esa tarea. El sistema tenía muchos perdedores, y no pudo cumplir su promesa de liberación y prosperidad, pero también tenía sus vencedores: “Entre ellos había nuevos profesores y trabajadores que reemplazaban a los antiguos, nuevos escritores que reemplazaban a los anteriores escritores y nuevos políticos que sustituían a los anteriores.”

El estalinismo no tenía escrúpulos a la hora de servirse de los prejuicios tradicionales, como el antisemitismo. La propaganda a veces resulta imposible de caricaturizar. Había libros sobre niños de seis años y planes sexenales; un eslogan de la RDA decía: “Cada cerdo artificialmente inseminado es una bofetada en la cara de los belicistas imperialistas”. Tampoco parece fácil exagerar la paranoia institucionalizada e implacable del sistema. Un periodista y un cajista fueron condenados a cinco años de cárcel después de publicar una necrología de Stalin donde se decía que era un

gran amigo de la guerra, en vez de la paz. En 1954 seis millones de polacos eran considerados sospechosos o criminales: es casi la cuarta parte de la población.

La colaboración (a veces a regañadientes) y la resistencia (a menudo pasiva) son otros de los temas del libro. Explica Applebaum que el sistema producía grandes grupos de gente que no era exactamente afectada al sistema, pero dependía de él para sobrevivir: aparecen algunas de las patologías y tácticas que describía Miłosz en *El pensamiento cautivo*. Contrasta el comportamiento de dos cardenales: el húngaro Mindszenty, que adoptó una estrategia agresiva, y el polaco Wyszyński, más inclinado a las concesiones. La resistencia se abría camino en los chistes (“el monopolio comunista del poder significaba que los chistes sobre cualquier cosa —la economía, la selección nacional de fútbol, el tiempo— se consideraban, en cierto nivel, chistes políticos”), en músicas como el jazz y el rock, en manifestaciones religiosas o incluso en el mercado negro.

*El telón de acero* es un libro detallado y sólido, monolítico. Funciona por acumulación, está lleno de episodios e información interesante, y apenas hay respiro entre historias terribles. Pero en medio del asombro y del horror, transmite también cierto optimismo. La mentalidad totalitaria no llegó a imponerse. Tras la muerte de Stalin se produjeron protestas en numerosos países soviéticos y en 1956 hubo revueltas en Polonia y Hungría. Fueron reprimidas con dureza, pero más adelante regímenes que parecían eternos se derrumbaron. Los países que han tenido transiciones más exitosas hacia la democracia fueron aquellos que consiguieron conservar algo de sociedad civil. *El telón de acero* es una obra valiosa, que describe “la fragilidad de la civilización”, recuerda a las víctimas de la utopía y el pragmatismo, y ayuda a entender el presente. —

## NOVELA

## A este lado del estilo



Rodrigo Fresán  
LA PARTE  
INVENTADA  
Barcelona, Random  
House, 2014, 576 pp.

## PABLO SOL MORA

Hace casi cien años, en 1919, un joven ansioso por publicar mezcló una serie de textos —el borrador de una novela, una obra de teatro, cuentos, poemas, cartas— para dar origen a su primer libro. La obra se llamaba *A este lado del paraíso*; el joven, F. Scott Fitzgerald. Algo semejante, sospecho, sucedió con *La parte inventada*. No tanto por ser una combinación de diferentes géneros ni por la urgencia de darse a conocer, sino por fundir en una sola obra materiales heterogéneos (argumentos para varias novelas, tramas de cuentos, divagaciones, etc.). La analogía no molestará al autor, fitzgeraldiano confeso y que hace del escritor norteamericano uno de los temas de su novela. *La parte inventada* podría ser leída como varios libros: a) La historia del Escritor; b) La historia del Chico (aspirante a escritor, claro) y la Chica; c) La historia de Penélope, hermana del Escritor, y su familia política, los Karma; d) Una extraordinaria novela corta, “Algunas cosas que se te ocurren cuando solo deseas que nada te ocurra”, sobre un solitario escritor cincuentón confrontado con la enfermedad, la vejez y la muerte; e) Un ensayo en fragmentos sobre *Tender is the Night*; f) Unos “apuntes para una breve historia del rock progresivo y la ciencia ficción”. Todo esto (y más) integra de manera desigual la reciente y más ambiciosa obra de Rodrigo Fresán (Buenos Aires, 1963). En última instancia, *La parte inventada* es la novela de una novela, una novela que trata de sí misma y,

como el uróboros, se muerde la cola. El autor cumple así lo que debería ser el requisito de toda novela contemporánea (de aquella, al menos, que vale la pena leer y que no es la enésima repetición de una fórmula del realismo más ramplón): ser una reflexión sobre ella misma, cuestionar de manera crítica el género. El propósito final de Fresán (“un libro que se leyera del mismo modo en que se escribió”) es en rigor inalcanzable, pero su novela da una idea aproximada de esa meta.

Cualquiera que haya leído algo de Fresán —una novela, un cuento, su blog— sabe que es, ante todo, un estilo (como debe serlo, por lo demás, todo verdadero escritor). Al autor le gusta citar una frase que John Banville le dijo en una entrevista: “El estilo avanza dando zancadas triunfales y la trama va detrás arrastrando los pies”. Es cierto, pero cabría matizar: el estilo de estilistas consumados como Banville avanza dando zancadas triunfales, pero hay otros —pesados, redundantes, palabreiros— que se arrastran aun peor que la más tediosa de las tramas. El de Fresán tiende a aquello que los manuales de retórica denominaban *amplificatio* y *accumulatio*, esto es, los procedimientos mediante los cuales se alarga el contenido de un texto y se suma elementos complementarios a lo ya expuesto. Un par de ejemplos. Primer capítulo, segunda parte: “Primeros planos y planos generales y acercamientos y distanciamientos en los que se alcanzan a leer títulos y no se alcanzan a leer apellidos. O viceversa. Aunque, claro, algunos títulos legibles activen automáticamente el apellido en letra más pequeña. O al revés. Acción y reacción. Alfa y omega. Serpientes que se comen la propia cola o se estrangulan con ella. Estantes y más estantes. Y cabe preguntarse si son los estantes los que aguantan a los libros o si son los libros donde se apoyan los estantes. O ambas cosas”, etc. Antes, el Escritor, recordando su infancia, enlista una serie de enigmas: “¿Por qué Superman parece hacer el mismo esfuerzo [...] a la hora de levantar un automóvil o alterar

a empujones la órbita de todo un planeta? [...] ¿Quién es el culpable de que haya tantos Sugus de color rojo y tan pocos Sugus de color verde?”. Fresán acumula diecinueve ejemplos como estos, a los que luego agrega otros tantos surgidos después de la infancia. Como curándose en salud, el autor advierte desde el comienzo que los párrafos serán largos y el estilo, extenso, despidiendo “a los lectores electrocutados de ahora, acostumbrados a leer rápido y a leer breve en pantallas pequeñas”. El razonamiento parecería ser: si no te gusta mi estilo es que eres un lector superficial de ciento cuarenta caracteres. El asunto, me temo, no es tan sencillo. Un buen lector de novelas no se arredra frente a la extensión, se trate del *Quijote*, *Guerra y paz* o *La montaña mágica*, siempre y cuando esa extensión esté justificada y basada en una prosa depurada. La cuestión tampoco es el estilo moroso o digresivo (véase Proust o James), sino el dominio, en efecto arduo, de esa forma, o la falta de ese dominio. Fresán es capaz de páginas memorables (léase la mencionada *nouvelle*), pero también de muchas, demasiadas páginas vacuas y repetitivas. Acumular páginas vuelve a una obra más voluminosa, no necesariamente mejor y, con frecuencia, peor: hay sumas que restan.

En la cincuentena, Fresán parece irritado: contra los libros electrónicos (“—¡aleluya y eureka!— se ha conseguido hacer comulgar a la televisión con la impresión”); contra las redes sociales y sus usuarios (¡analfabetas, no saben leer ni escribir!); contra los jóvenes que escuchan Radiohead (¡ignorantes, en mis tiempos escuchábamos Pink Floyd!); contra los escritores de éxito (como IKEA, “alguien cuyo único objetivo era convertirse en escritor célebre y, para conseguirlo, estaba dispuesto incluso a escribir”); contra la etiqueta que le han endilgado de escritor *pop*. No es difícil compartir sus críticas; lo que llama la atención de algunas es que vengan precisamente de él. ¿El escritor enamorado de la ciencia ficción en contra de la tecnología?

¿el que pone en el mismo párrafo los nombres de Bach y Bob Dylan, molesto porque un chico no hace distinciones entre Arcade Fire y Pink Floyd?; ¿el que saturó su obra de referencias *pop*, ahora cansado de la asociación? Parece, por lo menos, paradójico.

*La parte inventada* es una obra ambiciosa, de pretensiones monumentales. Sus defectos se originan, de un modo parcial, en su ambición. Sobra decirlo: preferible escribir y leer una obra así, aunque no esté por completo lograda, que alguna de las cientos de novelas banales que llenan las mesas de novedades. El título proviene de una cita de un amigo de Fitzgerald: “solo la parte inventada de nuestra historia —la parte más irreal— ha tenido alguna estructura, alguna belleza”. En el fondo, ¿cuál es la parte inventada? Para un auténtico escritor —y Fresán, más allá de excesos y contradicciones, lo es— la única que cuenta, la verdaderamente real. —



## NOVELA

## La serenidad en el caos



**Jhumpa Lahiri**  
**LA HONDONADA**  
Traducción de Gemma  
Rovira  
Barcelona, Salamandra,  
2014, 414 pp.

## ALOMA RODRÍGUEZ

Subhash y Udayan son hermanos, los dos son estudiosos, sacan buenas notas y sus padres están orgullosos de ellos, a pesar de las diferencias. Viven en el sur de Calcuta, al lado de una mezquita y no muy lejos de un club de golf levantado a orillas del Adi Ganga, el Tolly Club. En la escena que abre *La hondonada*, los dos hermanos se meten en el club cuando un policía patrulla por el exterior. El agente les pilla

y golpea a Subhash con un *putt* de golf hasta que Udayan “le rodeó [a Subhash] los hombros con los brazos, tratando de protegerlo. Se apretaron el uno contra el otro, dándose fuerzas mutuamente. Mantenían la cabeza gacha, los ojos cerrados; Subhash todavía retorciéndose de dolor. Pero no pasó nada más”. Este episodio contiene en cierta medida toda la historia de Subhash y Udayan: son cómplices, a pesar de sus diferencias, que cada vez son más patentes, y los actos de uno tienen consecuencias en la vida del otro. Los dos hermanos son los protagonistas de *La bondonada*, de Jhumpa Lahiri (Londres, 1967). La escritora de origen bengalí deslumbró con su debut, *Intérprete de emociones* (Ediciones del Bronce, 2000), ha sido galardonada con numerosos premios y es autora de una maravillosa colección de relatos, *Tierra desacostumbrada* (Salamandra, 2010), un libro sobre la experiencia de la emigración y la extrañeza de la segunda generación: la sensación de no pertenecer a ningún sitio o de tener un pie en cada cultura. En *La bondonada* Jhumpa Lahiri pretende contar una parte de la historia de la India y hablar de asuntos universales a través de la vida de un hombre. Es una novela valiente que aspira a abarcar casi todo, aunque tal vez no tan redonda y hermosa como los cuentos de *Tierra desacostumbrada*, donde Lahiri demostraba su capacidad para captar la fragilidad humana.

Subhash nace en 1943: “Por entonces, Tollygunge era un municipio independiente. Habían abierto al tráfico el nuevo puente Howrah, pero la gente todavía iba a la estación de

ferrocarril en carros tirados por caballos. Gandhi había hecho huelga de hambre como protesta contra los británicos y estos luchaban contra las Potencias del Eje, de modo que los árboles de Tollygunge estaban llenos de soldados extranjeros preparados para derribar aviones japoneses. [...] Quince meses más tarde, poco antes de que terminara la guerra y Japón se rindiera, llegó Udayan.” Una de las virtudes de la novela de Lahiri es que la vida privada y la historia se van mezclando de una manera sutil. Los acontecimientos y movimientos independentistas –India declaró su independencia el 15 de agosto de 1947– tienen consecuencias en la vida de los personajes, aunque ellos no lo hayan elegido: Udayan, por ejemplo, se une al movimiento naxalita, de inspiración maoísta, pero la vida de Subhash se verá trastocada y marcada por lo que esa adhesión desencadena. Lahiri está más interesada en los pequeños dramas humanos que en los acontecimientos históricos: lo que le interesa de la participación de Udayan en el movimiento naxalita son las implicaciones morales de sus actos y lo que provocan en su vida y en la de los demás. Las posiciones de Subhash y de Udayan frente a las revueltas son diferentes. En la radio de onda corta, construida por ellos mismos, escuchan noticias como el ataque de unos campesinos a un inspector de policía, que acaba muerto. Subhash le pregunta a su hermano si cree que ha valido la pena. Udayan no duda: “Claro que ha valido la pena. Se han sublevado. Se lo han jugado todo. Gente que no posee nada. Gente a la que quienes tiene el poder no protegen en absoluto.” Subhash responde: “Pero ¿servirá de algo? ¿De qué sirven los arcos y las flechas contra un Estado moderno?” Es solo el principio del alejamiento de los dos hermanos: unos años después, Subhash se marcha a Estados Unidos y Udayan se queda en Calcuta, donde da clases y sigue viviendo en la casa de sus padres, y su relación es solo epistolar. Subhash aprende a conducir, hace

experimentos y acaba sus estudios, vive una historia de amor con una mujer separada, algo mayor que él, que lo inicia en el sexo. Pero sabe que tiene fecha de caducidad: “El hecho de que Holly fuera norteamericana era lo de menos. Su situación, su hijo, su edad, que técnicamente fuera la mujer de otro hombre: todo eso habría sido inconcebible para sus padres, completamente inaceptable. [...] Por eso no habló con nadie de Holly. Su relación permaneció oculta, inaccesible. Sin embargo, Subhash no será siempre tan obediente con sus padres. Mientras, Udayan se ha enamorado de una joven con la que se ha casado desafiando a la autoridad paterna. Le manda a Subhash una foto de la chica, que le parece “cautivadora sin ser hermosa”. Udayan le cuenta por carta: “Te mando esto en lugar de una presentación formal y es el anuncio más formal que recibirás. Pero ya era hora de que lo supieras. La conocí hace un par de años. Lo mantuvimos en secreto, pero ya sabes lo que pasa. Se llama Gauri y está terminando la licenciatura de Filosofía en Presidency.” Poco después, Udayan deja de hablar de Naxalbari y de asuntos políticos en las cartas. Subhash ya no ve necesario destruirlas y empieza a pensar que su hermano se ha alejado de la política.

Hay muchos más personajes en esta novela que recorre por completo la vida de los dos hermanos y la de Gauri, que también irá a Estados Unidos. El personaje de Bela, la hija de Gauri, permite a Lahiri tratar varios de los asuntos fundamentales de la novela: por un lado, la relación entre padres e hijos, que atraviesa todo el libro, y, por otro, un asunto no menos central: la identidad. *La bondonada* es una novela ambiciosa en el mejor sentido de la palabra, es la historia de personajes frágiles, imperfectos y llenos de claroscuros. Está contada con una serenidad admirable, sin aspavientos, y tan bien narrada, alternando puntos de vista y tiempos, que los secretos que oculta la trama dejan de importar: es mejor disfrutar un poco más de la compañía de Subhash o de Bela. —



## CRÓNICA

### Más allá de los rincones sombríos



Varios autores  
**CRÓNICAS NEGRAS  
DESDE UNA REGIÓN  
QUE NO CUENTA**  
México, Aguilar, 2014,  
350 pp.

#### FERNANDA MELCHOR

De la misma forma que al estadounidense promedio le tienen sin cuidado los sucesos sangrientos que tienen lugar al sur del río Bravo, al mexicano común le preocupan muy poco las convulsiones de Centroamérica, esa hilera de países que serpentea hasta perderse en el rincón más alejado del que consideramos nuestro propio traspatio. El racismo que impera en nuestras relaciones con guatemaltecos, salvadoreños y hondureños nos impide dotarlos de identidades y esencias diferenciadas; sus contrastes —y numerosas similitudes: el idioma que nos hermana, por ejemplo— se funden en la figura del Migrante, el bulto tostado por el sol que viaja sobre el techo de un tren, o el harapiento que pide limosna en un crucero del Altiplano, o la pila de huesos que se blanquea sobre la arena del desierto. Carne de coyotes, en estas tierras; reflejo del subdesarrollo, en las propias.

Centroamérica —y esto no es ninguna sorpresa— es una de las regiones más peligrosas del mundo. Dictaduras, gobiernos corruptos, guerras civiles e intervenciones militares han desgarrado el tejido social de los países que la conforman y sometido a sus habitantes a incontables formas de violencia, donde una de las más crueles es la de la invisibilidad. Esto lo sabe bien la red de periodistas que conforman la Sala Negra del portal [elfaro.net](http://elfaro.net), quienes

desde 2011 publican, en forma digital, textos de largo aliento que los reporteros de países supuestamente aventajados en materia de libertades civiles y de recursos financieros —como lo es el nuestro— deberían tomar como ejemplo. Estos textos, recientemente reunidos en el volumen *Crónicas negras desde una región que no cuenta* no son, al contrario de lo que el adjetivo “negras” podría indicarnos, historias que se refocilen en la truculencia de las desgracias colectivas o individuales, sino trabajos que revelan, bajo una luz brava y dolorosa, las repercusiones de la guerra y de la miseria que trae consigo.

Los 18 textos que conforman estas *Crónicas negras* dan voz por igual a bachilleres salvadoreños violados en masa por sus propios compañeros de escuela y a funcionarias destituidas y amenazadas por intentar depurar un sistema policial hondureño. Nos cuentan las historias de enfermos mentales encerrados de por vida en manicomios penitenciarios, de sicarios arrepentidos que se convierten en testigos protegidos, de pandilleros de doce años capaces de matar a machetazos; de pescadores nicaragüenses que se enriquecen cuando encuentran un bulto de cocaína flotando mar adentro. Crónicas que dan voz al policía y al asesino —a menudo la misma persona—; a los integrantes de la Mara Salvatrucha y a los del Barrio 18; a madres de universitarios ejecutados por la policía y a madres que han sobrevivido los ataques de un hijo psicópata; a los narcos bananeros, hinchados de dólares y whisky importado, y los narcos lumpen, campesinos desalojados de sus tierras por las transnacionales y obligados, por el hambre, a trabajar para los lores del crimen.

Abunda, en este conjunto de relatos, el reportaje extenso que sutura con hilo fino los testimonios, los informes de agencias internacionales y sus cifras, y las experiencias personales para explicar fenómenos tan

complejos como la explosión de las maras en El Salvador y Honduras, como lo hacen Carlos Martínez y José Luis Sanz en “El Barrio roto”, y Óscar Martínez y Juan Martínez, en “La espina del Barrio”. Óscar Martínez, en solitario, realiza en, “Guatemala se escribe con zeta”, una verdadera cronología de las formas que el narcotráfico ha adoptado en dicho país, que inicia con la aparición de microempresarios locales de la droga y que culmina con el vasallaje impuesto por mexicanos sin escrúpulos y con ambiciones monopólicas.

Hay también trabajos más arriesgados, casi atípicos en el periodismo encorsetado al que nos hemos acostumbrado a leer, como la crónica “La locura de *El Malvado*” de Daniel Valencia Caravantes, un texto híbrido que coquetea con el subjetivismo —“pecado mortal” del diarismo más rancio— pero que presenta un relato elocuente de un niño abandonado que se convierte en un multihomicida fúrico al que su propia banda condena a muerte. O la crónica “Ser nadie en tierra de narcos”, del ya citado Óscar Martínez, quien aprovecha la estructura circular del cuento clásico para narrar las desventuras de una comunidad indígena arrancada de sus tierras del Petén guatemalteco, zona que por su condición de frontera con México se ha convertido en la puerta dorada de todo tipo de contrabando. Asimismo, las crónicas de Roberto Valencia —pienso en “La triste historia de un reclusorio para niños” o en “Barrio Jorge Dimitrov”— aprovechan con tino los variados recursos de la tradición literaria latinoamericana para construir relatos en donde los protagonistas no son víctimas lacrimosas o villanos melodramáticos sino personas que luchan por encontrarle sentido a la sinrazón de este mundo. Las crónicas de Valencia (y en general los trabajos de los autores aquí reunidos) no apelan solo al “vómito de números”

que tradicionalmente se le exige al periodismo, esa avalancha de datos duros y cifras que la más de las veces atonta e insensibiliza, que actúa como una coraza “que impide escuchar los latidos de un lugar”. Incluso los asesinos de estas historias —con apodos inolvidables como *Sherlock*, *Hamlet*, *Little Scrappy* o *El Niño*— son presentados por Valencia y el resto de los autores como seres que hablan y piensan, que odian, aman y se arrepienten, y no solo como soldados condicionados a disparar a ciegas.

*Crónicas negras desde una región que no cuenta* es un libro indispensable para el lector que, más allá del racismo y de los prejuicios, intenta comprender lo que sucede allende las endeble fronteras de un México acribillado. Y es indispensable no porque sus autores nos presenten aristas inéditas de la crueldad humana (la que los mexicanos ya contemplamos con indiferencia), sino justamente porque son historias tan semejantes y tan cercanas a lo que vivimos que funcionan como un espejo: de río Bravo para abajo, comprendemos al leerlas, todo es cementerio.

Es un libro ejemplar, también, para el periodismo narrativo mexicano: no solo por la ejecución implacable de las técnicas reporteriles y narrativas, o por la parsimonia que requirió su ensamblaje —en algunas de estas crónicas, nos informa la cuarta de forros, “se invirtieron más de seis meses de trabajo”, lo que en términos periodísticos significa un esfuerzo semejante al de un escritor que le dedica cinco años a una novela—, sino también porque se aleja de la cursilería y el victimismo al que los medios de comunicación mexicanos recurren incansablemente y a cuyos efectos ya somos insensibles. Lo que el equipo de Sala Negra nos demuestra es que la escritura misma puede convertirse en una forma de resiliencia, en una manera de entender y de hacer entender: escribir para esclarecer los rincones sombríos de nuestra América. —

## CUENTOS

### George Saunders, el ventríloco de las letras norteamericanas



**George Saunders**  
DIEZ DE DICIEMBRE  
Traducción de Ben Clark  
Barcelona, Alfabet, 2013,  
274 pp.

#### MARTA REBÓN

George Saunders, el autor de *Diez de diciembre*, que constituye su cuarto libro de relatos y reúne diez piezas aparecidas entre 1995 y 2012 en diversas publicaciones como *The New Yorker* o *Harper's*, afirmó en un ensayo acerca de la destreza técnica de Donald Barthelme que el cuento brota en un territorio tan difícil de labrar como el del chiste: en el minuto final, momento en el que se encuentran concentradas todas las expectativas, el autor se juega todas las fichas a una casilla. “El gran interrogante es cuándo se tiene el final apropiado. [...] Lo que queremos que haga nuestro final es que consiga más de lo que habríamos soñado que hiciera.” En contrapartida, las frases, sometidas a una gran concentración, se convierten en entidades que habitan el mundo en lugar de tentativas de catalogarlo, concluye George Saunders, en alusión a su lectura de obras de Gertrude Stein, Henry Green, Hemingway o el autor de *Caballería roja*. La posteridad quiere que seamos breves y precisos, recordaba Fernando Pessoa.

En ese sentido, el segundo relato, “Palos”, es capaz de sintetizar en dos páginas la relación de un padre con sus hijos, limitada por los escasos recursos y la tacañería, que a la postre se traducen en incomunicación y perplejidad. Saunders también sale airoso en los textos de más

largo aliento. Dedicó doce años a “Los diarios de las Chicas Sémplica”, entre los más sobresalientes y el más extenso del conjunto. En un mundo que reconocemos como actual mujeres jóvenes procedentes de los países más pobres (Somalia, Laos, Moldavia, Filipinas, etc.) hacen las veces de adornos vivientes de jardín, formando composiciones abigarradas que funcionan como símbolos de estatus. El narrador del cuento —escrito en forma de entradas de diario—, un padre de familia, recoge sus empecinados esfuerzos para dar a sus hijos un tipo de vida que no puede permitirse. Es una reflexión sobre la explotación, el bienestar, el miedo paterno a no satisfacer los deseos de los hijos...

El gusto por la medida de Saunders —en cuanto a longitud, no tanto en crudeza, violencia y/o escatología, si se tercia—, que se refleja en su predilección por el cuento, contrasta con la deriva de sus personajes, naufragos en los archipiélagos suburbanos que, viendo incumplido el sueño americano del *self-made man* y las aspiraciones que en ellos proyectaron sus progenitores, acaban carcomidos por la angustia de una existencia marcada por las limitaciones, la presión del estatus o la erosión que causan en los individuos los discursos dominantes de las corporaciones y de la industria del entretenimiento. La consecuencia, a pesar del bombardeo incesante de contenidos que conforman la cacofonía posmoderna, es el fracaso de la imaginación, condición necesaria para la empatía, cualidad que nos obliga a replantearnos cualquier acción violenta o injusta. ¿Por qué existe tanta distancia entre nuestros ideales, en que siempre está presente el deseo de hacer el bien, y la visceralidad que impera en el mundo real?, parece preguntarse el autor en sus relatos. Recordando al filólogo Victor Klemperer, Saunders señala que el ciudadano medio, a quien ha escogido para protagonizar sus

ficciones con puntería (o mala leche) en medio de un momento crítico, no se percata de cuándo las cosas se tuercen. Lo ha ensordecido el contenido idiotizante que emiten los magnetófonos que (re)difunden las nuevas tecnologías (al respecto léase su ensayo *The Brainded Megaphone*). Por eso, cuando un personaje saundersiano acaricia en *Diez de diciembre* el tipo de epifanía tolstoiana de *El amo y el criado*, donde el sentido de la existencia se halla en la solidaridad y en la compasión, la maquinaria poscapitalista se encarga de aniquilar el optimismo.

En este sentido es tentador relacionar su libro de relatos anterior, *In Persuasion Nation* (2007) con *La broma infinita* de Foster Wallace. Ambos títulos ofrecen un Estados Unidos alternativo subyugado al consumismo y el espectáculo. Al considerar la afirmación de Chéjov de que el arte es formular correctamente las preguntas, el autor ruso nos hace ver que lo único que ha cambiado no es el fondo de esos interrogantes, que siguen siendo los mismos —el sentido de la muerte, el amor, la dificultad de ser padres—, sino la manera en que se plantean. La imagen que construimos del mundo depende de lo que de él decimos y cómo lo hacemos. Para ello, Saunders se reconfigura en cada cuento. Huye de la objetividad de la tercera persona y

hace que la narración parta de los propios personajes, de su forma de mediar verbalmente con lo que les rodea. Él lo llama “la tercera persona ventrílocua” porque el narrador se introduce en las entrañas del personaje y adopta sus patrones de pensamiento. Saunders despliega los registros del lenguaje contemporáneo —los libros de autoayuda, la cultura pulp y digital, la ciencia ficción y la distopía, los documentos administrativos— para intentar recoger algo parecido a una verdad moral, de forma que el cuento no se reduce a un simple juego cerebral, un ejercicio de estilo. Gracias a ello, el conjunto de relatos, pese a su aparente diversidad y a no estar concebidos como un todo, sí comparten un tono que los emparenta: el uso del humor (en todos los matices del negro) para abordar los grandes temas, como Kafka o Gógol. “Los rusos [Tolstói, Chéjov, Bábel y Gógol] incluyeron los grandes interrogantes en sus ficciones de tal modo que parece que esa es la razón última por la que escriben”, declaró en una entrevista Saunders, que antes de dedicarse a la escritura y la docencia en Siracusa se marchó a hacer prospecciones sísmicas a Sumatra con un libro de Kurt Vonnegut bajo el brazo. Del autor de *Matadero Cinco* descubrió que, si para hacer que un lector saliera transformado al acabar

de leer un relato era necesario incorporar la sátira, el absurdo o cualquier otro elemento fantástico no debía pensárselo dos veces. La sensación de irrealidad es la manera más convincente de señalar la injusticia y los desajustes del neocapitalismo. Porque si leemos su crónica de viaje de Dubái para la revista *GQ* (“The New Mecca”), el desenlace de “Los diarios de las Chicas Sémplica” nos dará la impresión de todo menos fantasioso. Las situaciones pueden ser trágicas, pero la historia debe ser luminosa. Por eso, la muerte también está muy presente a lo largo del libro, pues su proximidad es una manera de romper con los automatismos, recuperar la intensidad y dejar atrás las frustraciones. “¿Qué es la muerte? Por un momento no tienes límites”, se responde el narrador-conejillo de indias de “Escapar de la Cabeza de Araña” cuando decide adoptar una postura radical contra la industria farmacéutica que está experimentando el control emocional sobre él y otros presos. En resumen, como la inocente quinceañera que practica a solas pasos de danza en su casa suburbial momentos antes de que la secuestre un posible violador, podemos preguntarnos: ¿la vida es divertida o espantosa? Depende. Pero, por lo menos, parece decirnos Saunders, no nos lo pongamos más difícil. —

